

» nes sociales, espanten á los reyes? Seamos » terribles para dispensar al pueblo de ser » cruel. » Con esto un terror general invadió los ánimos de los que no eran terroristas; fuera de la Asamblea el pueblo se amotinaba y creíanse inminentes nuevos asesinatos; los diputados acudían siempre con armas á las sesiones, y fué un gran triunfo lograr que se agregasen al tribunal los jurados.

Entretanto los periódicos excitaban al pueblo al asesinato. Desmoulins que decía: « ¿Qué viene á ser la virtud si Robespierre no es su imagen? » dictaba los *Discursos de la linterna á los Parisienses*, discursos empapados en el espíritu de Voltaire, y se complacía en oír el ruido del hacha de la guillotina. Marat, en el *Amigo del pueblo*, se vengaba de todo lo que era grande y elevado; proclamaba la igualdad porque toda superioridad era para él un martirio, é inspiraba la demagogia con arrebatos de demencia. El vulgo que tiembla siempre se apasionaba de aquellos escritos que le insinuaban ó le denunciaban las tramas de los clérigos, los conventículos de los aristócratas, la felonía de los ricos, la inminencia de la guerra, los artificios empleados para producir el hambre general, y de ellos aprendió á remediar el miedo con la sangre, como los antiguos lo remediaban con sacrificios.

Fin de los girondinos.

Entonces se abrió el abismo para los girondinos. Acusados de complicidad con Dumouriez y con Felipe Igualdad, se disculparon echando en cara sus delitos á Robespierre y Marat. Este, convicto de haber excitado á la rebelion contra la Convencion, fué acusado y juzgado, pero quedó absuelto por unanimidad: la plebe lo tomó en sus brazos, y coronándolo de encina, llevó en triunfo á aquel *amigo del pueblo*, el cual siempre tronando contra los moderados y diciendo que ya era tiempo de pasar de las vanas palabras á los hechos, hizo nombrar una junta de salvacion pública casi con plenos poderes, á fin de acelerar la accion del ejecutivo. Este fué el principio de una serie de proposiciones incendiarias, absolviéndose y condenándose segun se amansaba ó encrudecía el furor del pueblo y de los facinerosos; y Robespierre continuaba sus difamaciones personales y sus acusaciones de aristocracia contra los girondinos. Al fin estos, que siempre se habian opuesto á los excesos con mas generosidad que política, fueron proscritos, y cuando se discutía sobre su suerte, Robespierre exclamó: « ¿ Á qué conduce el tomarse interes por personas particulares? La República no piensa sino en la libertad. Regenerad la opinion, mejorad las costumbres, apresuraos, si no queréis perpetuar la crisis de la República. » La Convencion se vió forzada á permitir la prision de los girondinos y se repitió contra ellos lo que se habia dicho contra la monarquía.

31 de mayo.

Entonces en toda Francia los hombres honrados y moderados se retiraron de los cargos públicos, así que los ayuntamientos quedaron á

disposicion de los exaltados con autoridad dictatorial para hacer visitas domiciliarias y castigar á los sospechosos. En París, Robespierre y Marat imperaban con dominio absoluto, y mientras tanto se preparaba una nueva constitucion. Segun esta, todo hombre de veinticinco años de edad gozaba de plenitud de los derechos políticos; para la Asamblea anual debía elegirse un diputado por cada cincuenta mil almas, esta Asamblea podia decretar y legislar sobre todas las materias de interes público, y sus decretos eran inmediatamente ejecutables; el poder ejecutivo estaba confiado á veinticuatro individuos, que nombraban los generales y los ministros, les daban instrucciones, y eran responsables. Tal era el estatuto republicano que se obligó á la gran nacion á adoptar en el término de tres días.

En medio de estos triunfos Carlota Corday, jóven de Armands, sale ex profeso de su provincia, se hace introducir en casa de Marat, y lo mata. Reducida á prision, se gloria de su delito como de una virtud: « He muerto á un hombre, » dice, por salvar á cien mil; he dado muerte á un malvado por salvar á muchos inocentes; he quitado la vida á una fiera por dar tranquilidad á mi país; » y en esta conviccion muere con firmeza y serenidad. Que en un siglo tan afecto al paganismo una muchacha que allá en sus ilusiones se habia formado la idea de una República toda gloria y virtud, con rectas intenciones se hiciese homicida y se creyese heroína, no es maravilla; lo que debe extrañarse es que la arrastraran brutalmente al suplicio los mismos que ensalzaban á Casio y á Bruto, en nada superiores á la itusa muchacha, y no mas dignos de la admiracion que suele tributarse á una resolucion enérgica y desinteresada. De aquella muerte, declarada tambien inútil por la política, se echó la culpa á los girondinos; Marat fué tenido por santo por aquellos que pisoteaban las imágenes de los Santos; decretáronse honores divinos; David le dispuso funerales á semejanza de los de César, y la Convencion en masa asistió á ellos; colgóse su corazon en la sala del club de los Franciscanos, y su efigie en los teatros; dióse su nombre á las plazas y calles; púsose su tumba bajo todos los árboles de la libertad y hasta se le erigió un altar y se hicieron peregrinaciones al sepulcro de aquel rabioso, cuyo cadáver se mandó llevar al Panteon. Robespierre se apropió parte de esta ovacion, exclamando que solo á la casualidad se debia que hubiese sido muerto Marat y él no, y que el mejor elogio del difunto era vengarlo.

Saint-Just, verdugo sentencioso (1), hizo que

(1) Oigamos algunas de sus máximas: « Todos son culpados cuando la patria es infeliz. — Buzot fué el primero que introdujo aquí la discordia: la virtud no tiene tanta aspereza. — Cuando los girondinos fueron acusados de complicidad con Dumouriez, se sonrieron: el disimulo se sonríe, la virtud se aflige. — En las revoluciones el que es amigo de traidor da lugar á justas sospechas. — Hay algo terrible en el santo amor á la patria. Es tan exclusivo

Constitucion del 93.

Carlota Corday, 13 de julio.

Saint-Just.

el gobierno se declarase revolucionario, esto es, que se suspendiera la constitucion y se instituyese una dictadura con ejército propio. La ley de sospechosos comprendia á todo el que escribiese en favor de la tiranía, ó no tuviese certificado de *civismo*, ó no justificara sus medios de subsistencia, ó no ejecutase actos favorables á la Revolucion, ó no hablase en las sesiones ó diese motivo para suponer en él mala fe. Eran tambien sospechosos todos los antiguos empleados, los nobles, los clérigos, los emigrados que habian regresado á su patria y sus parientes, y para prenderlos bastaba una simple denuncia de los individuos de las comisiones. Así la Francia se habituó á ver castigados los delitos de opinion, y asegurada la junta de salvacion en lo interior, podia mandar á los ciudadanos al ejército ó á la guillotina.

Es extraño que no surgiese en lo interior ninguna reaccion violenta, y que las esperanzas y los recelos viniesen siempre de la parte de Coblenza. Pero todas las ciudades estaban en revolucion, y esta iba llegando á ser necesaria para vivir, paralizados como estaban el trabajo y el comercio. Los campesinos se hallaban aliviados de las cargas feudales; la primera Asamblea habia hecho bastante á favor del pueblo; la desamortizacion habia creado una nueva clase de propietarios, que habiendo comprado á bajo precio y con asignados de ningun valor, se hallaban interesados en rechazar la vuelta al orden de cosas antiguo, y en fomentar la Revolucion. Los proletarios llenaban los ayuntamientos y las comisiones; en sus manos estaban los asignados; la propiedad, considerablemente repartida, habia llegado hasta el simple labrador; muchos que poseían terrenos con solo la carga de ciertos servicios feudales, abolidos estos, quedaron hechos propietarios absolutos; otros, muerto el dueño de la tierra y quemados los títulos, habian usurpado la propiedad; la Revolucion disimulaba ó aplaudia estos actos, y los nuevos poseedores hacian fructificar el terreno. El obrero se encontró sin trabajo; pero se mantenía con los socorros públicos, contribuyendo á los motines con el gorro colorado y con la pica; y siendo el único oficio la guerra, seguíanse de aquí la necesidad de conmociones ó batallas y la esperanza de llegar á ser generales y mariscales. No habia comercio, faltaba el crédito y abundaban las erradas medidas económicas, pero con los suministros y el agiotaje se especulaba sobre la miseria pública. Toda aquella gente nueva, creyéndose siempre amenazada, se hallaba en continuo movimiento y desorden, juzgando toda especie de tranquilidad como una trama aristocrática. Á estos partidarios de la Revolucion se agregaban tambien los que veían cuánta parte tenían en ella la razon y la justicia, convencidos de que los sangrientos pero efimeros delirios que la mancha-

» que todo lo sacrifica al interes público, sin piedad, sin temor, » sin respeto humano. »

ban, no impedirían que produjese sus preciosos y permanentes frutos.

Sin embargo, en los campos de la Bretaña, del Poitou, del Anjou, de la Turena, del Orleanesado y de algunos puntos del Maine y de la Normandía levantaban su cabeza arrogantemente los sentimientos religiosos y monárquicos; y las ciudades, aunque en revolucion, se habian adherido al partido de los moderados y de los girondinos; al paso que los nobles Bretones, tenaces aristócratas, habian emigrado á Jersey y á Guernesey, donde fomentaban el descontento y preparaban la sublevacion.

En el país que por sus pastos se llama Bocage (dehesa), que se extiende desde el Loira hasta los arenales de Olonne y que termina en el Marais cerca del Océano, el propietario vive pacíficamente en sus tierras al lado de su colono y en sociedad con el cura. Allí las ideas filosóficas no habian penetrado, ni habia sido comprendida una Revolucion que ántes de conferir quitaba derechos. El feudalismo existia todavia como antiguamente, combinado con la independencia personal: los señores estaban muy lejos de ser realistas, y cuando alguno de ellos recibia del rey el cordon azul, los demas lo satirizaban por el cabezal que se habia dejado poner. En aquel país el despotismo de las comisiones y juntas de salvacion pareció lo que era verdaderamente, esto es, un atentado contra las franquicias personales y locales; lo que mas singularmente indignó fué el juramento impuesto á los clérigos. Segun confiesan hasta sus mismos enemigos, aquellos habitantes eran hombres de buena fe; continuaban pagando sus contribuciones de vasallaje y sus diezmos, aunque abolidos, y solicitaban que se les dejase celebrar sus ritos tranquila y pobremente, pero fuera de las iglesias de los párrocos y de los juramentados, y hacer bendecir los bautizos y matrimonios por curas depuestos, no por los intrusos. Los obispos de Lángres y de Luzon, los misionarios, junto con las hermanas de la caridad, propagaban escritos para alejar á las gentes de los sacerdotes constitucionales, y para que hicieran bautizar sus criaturas y casar los novios por los sacerdotes que habian sido depuestos, y no por los intrusos. De aquí provino la escision en las familias y en los actos religiosos, y en pos de ella la escision política, sublevándose el espíritu de parroquia contra la centralizacion y la impiedad de París.

En octubre de 1791 principiaron los tumultos en las dos orillas del Loira, pero fueron reprimidos. Mas cuando se decretó un gran levantamiento de tropas, pareció delito el servir á la Convencion regicida; y « ya que debéis combatir, » dijeron las madres á sus hijos, combatid en el país cerca de nosotras, que os socorremos y os vengaremos. » Comenzó, pues, la guerra civil (marzo de 1793). Catalineau, carretero, fué el jefe de los insurrectos, y el héroe popular; los héroes nobles fueron Lescure y Enrique de Larochejacquelein, que á la edad de

La Vendée.

Marzo.

veintiseis años, y arrojando muchos peligros, se presentó á los insurgentes que lo llamaban, y les dijo: « Soy un muchacho, pero con mi valor me mostraré digno de mandaros. Si marcho adelante, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengadme. » La exaltación realista y religiosa dió muchas victorias á los insurgentes sobre los soldados, que en aquella guerra pequeña no podían desplegar el valor del entusiasmo y agotaban sus fuerzas sin resultado. Los Vendeanos, hombres, niños y mujeres, combatían sin ambición, en nombre de Dios y de Luis XVII, cantando letanías y te-déum; y no es dado vilipendiar con fundamento aquella insurrección comparando con bandidos y asesinos á los que obraban con heroísmo y convicción profunda.

La Vendée y la Bretaña parecen hechas á propósito para la guerra civil. Su suelo desigual y agreste ofrece infinitos puntos de refugio á las partidas; los caminos, sepultados entre elevados peñascos rodeados de maleza, hacen el oficio de fosos; las tapias de piedras que circundan los campos y ocultan á los que están en acecho en el interior, pueden servir de trincheras; un laberinto de caminos transversales y de senderos confunde y extravía á las tropas; en una parte se encuentran bosques, en otra lagunas y canales ocultos entre malezas; en otras inmensas llanuras cubiertas de retamas de la altura de un hombre. La derrota de los campesinos no ofrecía ninguna ventaja al enemigo, porque no tenían más que el palo y un fusil, al paso que cada victoria proporcionaba municiones á los insurgentes. Derrotados en muchos puntos, se escapaban y se iban á reunir al otro lado del Loira con las partidas de Bretones llamados *chuanes*, y así se sostuvieron aun después de la muerte de Larochejacquelein.

También Lyon, francamente federalista, reconoció á la Convención, pero se negó á enviar á París las causas formadas contra los patriotas y á destituir á las autoridades municipales. Oprimida esta ciudad por los jacobinos, se sublevó abiertamente á tiempo que Marsella comunicó su descontento á Tolon, la cual proclamó á Luis XVII, echándose en brazos de los Ingleses, codiciosos de poseer aquel puerto, que es el mejor del Mediterráneo. Diez y siete navíos de línea y cinco fragatas cayeron así en poder del enemigo, sin que este tuviese que tirar de la espada. Estalló, pues, la guerra civil en Bretaña, en Normandía, y en toda la cordillera desde el Rhin á los Pirineos y á los Alpes, y la Revolución había concluido, si los reyes aliados hubiesen obrado con unión y desinterés. Pero los reyes no ambicionaban más que adquisiciones parciales de territorio, codiciando Austria la posesión de las fortalezas belgas, Inglaterra la de Dunkerque y el Piamonte la de Saboya. Sin embargo, después de la deserción de Dumouriez (agosto de 1793), los enemigos se pusieron en marcha; Maguncia, Condé, Valenciennes, cayeron en poder de las tropas prusianas, y si

estas en vez de detenerse á contemplar lo que pasaba en derredor suyo, hubieran marchado sobre París, mientras los Austríacos y Piamonteses invadían las provincias del Sur, mientras la España se unía á los Vendeanos y los Ingleses daban subsidios á todos, se habría seguido infaliblemente la muerte de la República. Por fortuna de esta, Austria miraba de reojo á Prusia, porque nada le había dado en el nuevo repartimiento de Polonia; y aunque los Vendeanos alcanzaron sangrientas victorias, ni los Ingleses los secundaron, ni los Borbones fugitivos supieron ponerse á la cabeza de los que morían por ellos.

Por el contrario, la Convención obraba con actividad maravillosa y desinteresada, y trabajando día y noche, y no transigiendo nunca, salvó la patria con los medios más desesperados. El papel del Estado perdía hasta tal punto, que por un franco en efectivo se compraban seis en asignados; sin embargo, con sutiles artificios se procuró darle valor, y se fijó el precio máximo de los granos. La Revolución llamó en su auxilio á la ciencia, no obstante haberse mostrado enemiga con la abolición de academias, universidades y facultades. Viendo que el nitro, que tanta falta hacía, llegaba de la India con mucha dificultad y escasez, se establecieron inmediatamente fábricas en el país, y no solo se logró producirlo, sino también purificarlo y hacer pólvora por medio de procedimientos nuevos, con los cuales se refinaba y secaba en pocos días. En nueve meses se recogieron dentro del país por valor de 12.000.000 de francos de esta sustancia, al paso que antes no se obtenía sino 1.000.000 cada año; cada casa se convirtió en una fábrica de pólvora, y era ocasión de festejos el llevarla bajo varias formas elegantes y con ornamentos. Sujetáronse á la requisita los caballos tomándose uno de cada veinticinco por el precio de novecientos francos; y luego se imaginó el proyecto de hacerse ofrecer por los jacobinos un jinete bien formado y robusto, ofrecimiento que todos imitaron. Introdujéronse métodos muy expeditos para labrar el hierro, el acero y las armas; quince solas fábricas construían siete mil cañones de bronce al año; treinta destinadas á la construcción de cañones de hierro producían trece mil en el mismo tiempo, y luego se crearon veinte más de armas blancas, cuando antes no había sino una sola; Otra fábrica en París suministraba ciento cuarenta mil fusiles al año, además de los que daban las fábricas de los departamentos; y ciento ochenta y ocho establecimientos recomponían las armas de toda especie. Las picas, reservadas solamente para los inválidos, volvieron á armar batallones enteros; las campanas se transformaron en bocas de muerte y de espanto, y los monasterios en armerías y fábricas de pólvora. Sacóse del pino el alquitran para la marina; el telégrafo aceleró las comunicaciones; en pocos días se curtían las pieles, cuya preparación necesitaba antes muchos años; el arte de hacer

Grandiosos preparativos.

el jabón fué perfeccionado y generalizado; unos, fabricando la sosa, libraron á las fábricas de cristales y á los molinos de papel del peligro de suspender sus trabajos por falta de álcali de América; otros extraían el azufre de las piritas; estos preparaban el alumbre y el ácido sulfúrico; aquellos mejoraban el pan de munición. En suma, la Francia parecía no tener sino un pensamiento, una sola tarea: la guerra.

La Revolución no respetó, pues, las investigaciones, pero buscó las aplicaciones; Carnot le hizo grandes servicios; Monge, de Beaune, enemigo irreconciliable de los reyes, adaptó las matemáticas al manejo del cañón y á la escuela de los campamentos, y prestando al objeto común el auxilio de su inteligencia, como otros el de su brazo, fundó la escuela política; Fourcroy, Chaptal, Berthollet, intentaban suplir todos aquellos artículos que por efecto de las circunstancias cesaban de entrar en el país (1); Cabanis proveyó á la fundación de hospitales; Larrey introdujo por primera vez los hospitales militares ambulantes, que ofrecían el medio de curar á los heridos aun durante la acción; el pintor David disponía las grandiosas fiestas para las cuales preparaban Gossec la música, y austeros versos José Chenier, verdadero alumno de la filosofía del siglo, que gozaba en ver deruida la *doble corona de la tiranía y del fanatismo*, hombre de ideas absolutas, y por lo mismo de ingenio vivo, cuyos versos eran hermosos como los antiguos, cuyas ideas eran todas paganas, todas sin duda tomadas de Roma y Grecia.

Así, pues, 1.200.000 ciudadanos corrieron á las armas por entusiasmo de libertad, por odio á los tiranos, por librarse de los golpes de aquel sistema de terror. El que no quería asociarse á los sanguinarios trastornos de la época, corría á alistarse en el ejército que se conservaba siempre puro; y el que temía caer víctima de ellos, se salvaba también en las filas, dispuesto á morir, pero á lo ménos con gloria y en defensa de una patria á la cual no cesaba de adorar. Lanzados de grado ó por fuerza á la carrera de las armas, muchos se hallaban con un talento cuya existencia no habrían sospechado, y llegaron á elevarse á grande altura. Suprimiéronse los antiguos nombres de los diversos cuerpos, prevaleciendo aquí también la idea de la igualdad, y por ser todos voluntarios y todos iguales, se acordó que no se hiciese distinción entre el ejército y la guardia nacional. El ejército tomó entonces la divisa azul de la milicia ciudadana; esta entró á componer las dos terceras partes de cada cuerpo; y así muchos voluntarios que habían tomado el fusil por un

(1) Aplicación singular de los nuevos descubrimientos al ejército fueron las dos compañías de areóstatas que operaron en la batalla de Fleurus. Un globo estacionario notaba los movimientos del enemigo y transmitía el aviso al general, que de este modo recibía rápidas noticias. Supónese que esta novedad asustó á los enemigos, pero no fue adoptada. Sin embargo, otra experiencia de este género se hizo, cuando la guerra de la Lombardía del año 1839.

momento y para defender la tranquilidad de la población, se encontraron metidos en la carrera de las armas.

Entonces fué cuando mudó la faz el arte de la guerra, no solo con la sustitución de los ataques de cazadores y de bayoneta á las evoluciones metódicas antiguas, sino con la guerra en grande que se había hecho necesaria desde el momento en que se conoció el poder de las masas, y la necesidad de vencer antes de que estas se disolvieran. Mal armados los soldados franceses, no adiestrados en las maniobras, ¿cómo habrían podido los generales conservar entre ellos una regularidad que hubiese reprimido sus ímpetus? Pensaron, pues, abandonarlos á las súbitas inspiraciones de su valor, y dejar que protegidos por las baterías y por unos cuantos escuadrones adiestrados, se precipitasen sobre la artillería y líneas enemigas con aquel género de guerra que es más propio para producir y mantener la emulación. Así aprendieron á rehacerse, á replegarse contra la caballería, á aprovechar los obstáculos del terreno para acercarse al enemigo y acometerlo con un furor al cual nada podía oponer la táctica de soldados, cuya única escuela era no traspasar los límites de su propia obligación. Creíase que en los ejércitos el primer elemento era la obediencia pasiva que convierte al soldado en máquina quitándole el alma, y la Revolución prescindió de este elemento; creíase necesaria también una larga experiencia, y sin embargo, la Revolución reemplazó á los oficiales aristócratas con sarjentes y cabos, ejército ciudadano para guerra nacional. Desprovistos de todo, debían introducir una estrategia nueva; no teniendo tiendas, acampaban al sereno; sin obstáculos de trenes, almacenes, ni bagajes, se cuidaban poco de cubrir las líneas, y con extraordinaria movilidad caían de improviso sobre enemigos acostumbrados á las marchas metódicas.

La Convención, en su deseo de nivelar, no había vacilado en abolir también los cuerpos de estado mayor que requerían largos estudios y parecían indispensables, sustituyéndolos con soldados nuevos. Quedó, pues, destruido el sistema de los ejércitos de línea, y no tuvo ya aplicación la táctica de Federico, con arreglo á la cual se formaban cordones, se oponía cuerpo á cuerpo, frente de batalla á frente de batalla, y se evolucionaba largamente en torno de una línea, atentos ambos contendientes á no descubrirse y á maniobrar como en un campo de ejercicio. Mientras los aliados se obstinaban en esta táctica, buena cuando más para algún caso particular, los Franceses recurrían al medio de formar una masa de tropas, sorprender al enemigo y evitar las evoluciones largas y metódicas; y en vez de guerras combinadas, de cuerpos de observación, de ataques simulados, de buscar posiciones, de defender ó sorprender una plaza para llegar á ocupar alguna pequeña provincia, prefirieron las grandes invasiones, la toma de

ciudades, capitales, el aniquilamiento de los ejércitos enemigos. Carnot, ministro de la guerra, ó sea la junta de salvacion pública, dió sabiamente direccion al ardor guerrero, y viendo que la Revolucion pedia imposibles, se dedicó á regularizar aquellos ímpetus: ordenó que se diesen golpes decisivos en los puntos estratégicos mas importantes; que se rompiesen las comunicaciones; que se pusiera fuera de combate al ejército enemigo ántes de tomar una sola fortaleza ó apoderarse de un palmo de terreno. Á las teorías de Vauban para el ataque y reparacion de las plazas substituyó un nuevo sistema de fortificacion y de defensa, consistente en usar alternativamente de los fuegos verticales en casamatas para destruir sin peligro al enemigo cuando venía en grandes masas, y de los golpes de mano atrevidos cuando el enemigo no tenia bastante fuerza.

8 de
se-
tiembre.

Los fastos modernos no recuerdan campaña mas insigne que la de 1793 contra toda Europa. Los planes de Carnot tuvieron cumplido efecto; con la batalla de Hondschoote se desembarazó Dunkerque de los Ingleses; á los Austríacos y Prusianos que se habian adelantado sobre las dos pendientes de los Vosges, opuso la omnipotencia dictatorial de la junta multiplicados medios; la batalla de Watignies prolongó el asedio de Maubauge, y Kellermann arrojó á los Piamonteses al otro lado de los Alpes. La junta dijo al ejército que envió á la Vendée: « Sol- » dados de la libertad, es necesario que los » facciosos sean exterminados ántes del fin de » octubre: la salvacion de la patria lo exige, » la impaciencia del pueblo frances lo manda, » vuestro valor debe cumplirlo. » En efecto, Lechelle y Kleber cayeron sobre los insurgentes en la Vendée y en Bretaña; el jóven Hoche, enviado á recobrar las perdidas líneas de Weissemburgo, rechazó á los Austríacos y acampó en el Palatinado, y al mismo tiempo Tolon fué arrancada de manos de los Ingleses.

19 de
diciem-
bre.

El
terror.

En otro gran medio confiaba la Convencion, y este era el terror. Danton habia puesto la iniciativa en manos de la plebe y de aquellos que se llamaban descamisados (*sans culottes*), con hacer que se diesen cuarenta sueldos á todo el que asistiera á las asambleas de seccion; y así insinuando que la nacion estaba pobre, pero que los particulares eran ricos, hizo declarar á la nacion heredera de todos, y pidió la requisita de víveres, de riqueza, de armas, y el armamento universal. Los bienes de los proscritos eran una mina inagotable. En la junta de salvacion pública se proyectó demoler los castillos, las iglesias, los palacios y quintas reales, abrir grandes caminos en los bosques de la corona, y dar aquellos materiales á los descamisados con seis yugadas de tierra á cada uno, y la obligacion de construirse una casa y tomar mujer. De esta manera se pensaba crear un número de familias republicanas que habrian defendido con su sangre sus improvisadas propiedades. Así la Revolucion, individual en su

origen, llegó á ser social en la forma, proclamó la libertad natural y la soberania nacional, y en todas sus instituciones dió muestras de la dignidad del hombre y de la mancomunidad social. Pero despues se convirtió en monopolio; se alzó la plebe proscribiendo á los ciudadanos; los jacobinos desnaturalizaron la generalidad de la Revolucion, miéntras renegaban de la inteligencia poniendo la soberania en el número, y dando á entender con esto á la plebe que la fuerza era el derecho. El presidente de la Convencion decia: « Pan, hierro, pólvora y virtud, » bastan para hacer libre y feliz á un pueblo. » De aquí el exterminio de los enemigos y la dictadura; la Revolucion se separaba de los principios de la civilizacion europea, y los jóvenes discípulos del filántropo Rousseau con lógica audaz endurecian sus corazones en nombre de la razon, y derramaban sangre con la frialdad de los peores tiranos.

Laplanche daba cuenta de esta manera de sus operaciones: « En todas partes he » el terror al orden del dia; en todas partes he » sometido á contribucion á los ricos y á los » aristócratas; en todas partes he hecho fundir » las campanas, reunido muchas parroquias, » destituido á todos los federalistas, encarcelado » á los sospechosos, y dado fuerza á los desca- » misados. En las casas de reclusion los curas » gozaban de todas las comodidades miéntras » los descamisados dormian sobre la paja; pero » yo he dado á estos los colchones de aquellos. » En todas partes he confeccionado matrimo- » nios de clérigos, he electrizado los corazones » y los ánimos, he arreglado las armerías, he » visitado las fábricas, los hospitales, las cár- » celes, he hecho marchar muchos batallones » del levantamiento en masa, he pasado revista » á infinidad de guardias nacionales para repu- » blicanizarlos, y he hecho guillotinar á mu- » chos realistas. En suma, he cumplido las ór- » denes que llevaba y me he portado en todas » partes como ardiente montañas y como » representante revolucionario. »

Un individuo de la Asamblea anunció tambien que en Haguenau setenta mujeres se habian puesto sus vestidos de fiesta para salir á recibir á sus parientes emigrados que debian volver con el ejército austríaco; pero que una partida de caballería francesa que estaba emboscada habiéndolas descubierto, no dejó á los enemigos mas que los cadáveres inmolados á la venganza nacional. El representante del pueblo en Rochefort dió cuenta de haber constituido el tribunal revolucionario, y añadió: « Pero » faltaba un individuo y el mas indispensable. » Entónces me presentó á la asamblea de los » patriotas y digo: ¿ Quién quiere dar á la re- » pública una muestra de su patriotismo? No » tenemos verdugo: ¿ Quién quiere desempeñar » sus funciones? — Yo, exclama un ciudadano, » y lo llevo á cenar á mi casa, donde brindamos » á la victoria de los descamisados, é inaugu- » ramos con copiosas libaciones la magistratura

suprema de la República. » Un pueblo envió una caja de tocino para untar la guillotina, y la Asamblea decretó que se le dieran las gracias.

9 de
octubre.

Lyon, centro meridional donde habrian podido reunirse los descontentos para dar entrada en el país á los extranjeros, fué bombardeada horriblemente (9 de octubre de 1793). Tomada esta ciudad despues de una viva resistencia, fué teatro de indecibles suplicios, y su nombre mismo quedó abolido. Couthon, general popular en quien el furor suplía al arte, hizo demoler veinticinco mil casas; Collot d'Herbois, que diez años ántes habia sido silbado en el teatro, hizo guillotinar de cincuenta á sesenta personas por dia; y cuando los cinco jueces y el verdugo le decian: *Estamos muertos de cansancio*, contestaba: « Inflamáos como yo en el » amor de la patria y recobrad nuevas fuerzas. » Despues exclamando: « La venganza de la pa- » tria es silenciosa y debe herir como el rayo, » hizo disparar contra los acusados cañones cargados con metralla. Marsella y Burdeos sufrieron la misma suerte, y Collot decia (1): « El ins- » trumento ordinario de muerte no funcionaba » con bastante presteza: el martillo demolia » lentamente: la metralla ha destruido los hom- » bres, la mina ha derruido los edificios. Los » que murieron habian teñido sus manos en » sangre de patriotas; la vista los distinguia sin » equivocarse. »

Las providencias enérgicas van siempre acompañadas de medidas crueles, y el rigor de estas se aumentaba en Francia con el pretexto de destruir intrigas inglesas. Al principio los sospechosos podian, á lo ménos por la noche,

(1) Cuando los diputados de Lyon fueron á pedir remedio para aquellos males, De Fontanes compuso para ellos una arenga en que se leen estas palabras: « Les premiers députés » (après la prise de Lyon) avaient pris un arrêté, à la fois » ferme et humain: ils avaient ordonné que les chefs conspi- » rateurs perdissent seuls la tête, et qu'à cet effet on instituât » deux commissions qui, en observant les formes, sauraient » distinguer le conspirateur du malheureux, qu'avaient en- » traîné l'aveuglement, l'ignorance et surtout la pauvreté. » Quatre cents têtes sont tombées dans l'espace d'un mois, » en exécution des jugements de ces deux commissions. Des » nouveaux juges ont paru, et se sont plaints que le sang ne » coulait point avec assez d'abondance et de promptitude. En » conséquence, ils ont créé une commission révolutionnaire, » composée de sept membres, chargés de se transporter dans » les prisons et de juger, en un moment, le grand nom- » bre de détenus qui les remplissent. A peine le jugement » est-il prononcé, que ceux qu'ils condamnent sont exposés » en masse au feu du canon chargé à mitraille. Ils tombent » les uns sur les autres frappés par la foudre; et souvent » mutilés, ont le malheur de ne perdre, à la première dé- » charge, que la moitié de leur vie. Les victimes qui respi- » rent encore après avoir subi ce supplice, sont achevées à » coups de sabres et de mousquets. La pitié même d'un sexe » faible et sensible a semblé un crime: deux femmes ont été » traînées au carcan pour avoir imploré la grâce de leurs » père, de leur mari et de leurs enfants. On a défendu la » commisération et les larmes. La nature est forcée de con- » traire ses plus justes et ses plus généreux mouvements, » sous peine de mort. La douleur n'exagère point ici l'excès » de ses maux, ils sont attestés par les proclamations de ceux » qui nous frappent. Quatre mille têtes sont encore dévouées » au même supplice; elles doivent être abattues avant la » fin de frimaire. Des suppliants ne deviendront point accu- » sateurs: leur désespoir est au comble; mais le respect » en retient les éclats: ils n'apportent dans ce sanctuaire que » des gémissements et non des murmures. »

salir de ciertos escondrijos donde se mantenian de dia; pero entónces se decidió que tambien de noche se registrarán las casas, y así ninguno se encontró seguro de la voraz guillotina. Los girondinos tenidos por moderados se vieron entónces acusados de fomentar la guerra y las turbulencias del Mediodía, por lo cual se les envió al cadalso, al cual subieron cantando himnos á la libertad y á Francia, y rodeados de la canalla hedionda que se complacia en insultar á aquellos hombres ilustres. Entre ellos estaba la bella y animosa madama Roland, que respetada y temida por los enemigos, un tiempo amigos suyos, se negó á revelar el sitio donde se ocultaba su marido, y pereció sin perder su fe en la causa republicana, pero exclamando: « ¡Oh libertad, cuántos delitos se cometen en tu » nombre! » Su marido, cuando supo su muerte, se suicidó. Condorcet, estando escondido, se consolaba proclamando en medio de tantos delitos la perfectibilidad humana, y habiendo sido preso, se libró del patíbulo con el veneno de que Cabanis habia provisto á muchos amigos. El duque de Orleans recibió la muerte con serenidad.

Madama
Roland.

Tan habitual era el aspecto de esta que ya no causaba espanto. En las prisiones se formaban lazos de amistad y de amor, y los presos trabajaban, se divertían, se ensayaban para sufrir con decoro el último golpe. Todas las mañanas al presentarse el criado de la cárcel con la lista de los que debian ir al tribunal, esto es, á la muerte, lo rodeaban con ansiedad; se daba el último adios á los nombrados, y los otros contaban un dia mas para llorar, para divertirse, para prepararse. Dentro de la prision Lavoisier continuó sus investigaciones químicas, Destutt de Tracy estudió su ideología, y Jolivet concibió el famoso sistema hipotecario puesto despues en práctica. Andres Chenier poetizaba, y en la misma cárcel trabó amistad con una hermosa de veinte años (1). Despues condenado á muerte, exclamó llevándose la mano á la frente: *Morir tan jóven! Y sin embargo, habia algo aquí dentro*. En el patíbulo se encontró con Roucher, otro poeta de valía, y abrazándolo recitó aquellos versos de Racine:

Oui, puisque je retrouve un ami si fidèle,
Ma fortune reprend une face nouvelle.

El abate de Fenelon, que habia recogido los pobres niños saboyanos, fué acompañado al cadalso por una multitud de ellos, donde el

(1) En la *Jeune captive* cantaba así:

Ainsi, triste et captif, mon esprit toutefois
S'éveillait écoutant ces plaintes, cette voix,
Ces vœux d'une jeune captive;
Et secouant le faix de mes jours languissants,
Aux douces lois des vers je pliais les accents
De sa bouche aimable et native.
Ces vers, de ma prison témoins harmonieux,
Feront à chaque anant des loisirs studieux
Chercher quelle fut cette belle.
La grâce décorait son front et ses discours;
Et, comme elle, craignent de voir finir leurs jours
Ceux qui les passeront près d'elle.